

LIBROS Y LECTURAS EN EL EPISTOLARIO DE CARMEN LAFORET Y ELENA FORTÚN

MARÍA JESÚS FRAGA

Universidad Complutense de Madrid

La correspondencia entre las escritoras Carmen Laforet y Elena Fortún comienza en 1947 cuando, desde Madrid, Laforet escribe a la que considera su madre literaria, que todavía no había puesto fin a su exilio en Buenos Aires. Ya en Barcelona, continúa la comunicación epistolar entre ambas, lo que les proporciona un medio para intercambiar libros y lecturas. Aunque, a mediados de 1951, Elena Fortún debe ser ingresada en un sanatorio, la correspondencia, cada vez más espiritual, no se detiene hasta pocas semanas antes de su muerte.

PALABRAS CLAVE: Elena Fortún, Carmen Laforet, correspondencia, libros, revista *Destino*.

Llibres i lectures a la correspondència entre Carmen Laforet i Elena Fortún

La correspondència entre les escriptores Carmen Laforet i Elena Fortún comença al 1947 quan, desde Madrid, Laforet escriu a la que considera la seva "mare literària", que encara es trobava exiliada a Buenos Aires. Ja a Barcelona, la comunicació epistolar entre les dues continua i els proporciona un mitjà per intercanviar llibres i lectures. Tot i que, a mitjans de 1951, Elena Fortún és ingressada en un sanatori, la correspondència, cada vegada més espiritual, no s'atura fins poques setmanes abans de la seva mort.

PARAULES CLAU: Elena Fortún, Carmen Laforet, correspondència, llibres, revista *Destino*.

Books and Readings in the Letters between Carmen Laforet and Elena Fortún

Carmen Laforet and Elena Fortún began writing to each other in 1947 when Laforet, living in Madrid, sent a letter to her "literary mother", who was exiled in Buenos Aires at the time. They kept in touch after Fortún returned to Spain and settled in Barcelona, which provided both women with an outlet to exchange books and readings. Despite Elena Fortún's hospitalization in 1951, their correspondence, which had become increasingly spiritual in nature, did not stop until a few weeks before her death the following year.

KEY WORDS: Elena Fortún, Carmen Laforet, epistolary correspondence, books, *Destino* journal.

En 2017 se dieron a conocer en el epistolario *De corazón y alma* las cartas que intercambiaron dos reconocidas autoras vinculadas a distintas generaciones: Carmen Laforet, que tenía al iniciar esta correspondencia veintiséis años y se encontraba en un momento de gran exigencia vital y profesional, y Elena Fortún que, transcurridos ocho años de exilio, había cumplido los sesenta y había alcanzado cierta estabilidad laboral y afectiva en Buenos Aires.

Al comienzo del epistolario —finales de 1947—, Laforet acababa de dar a luz a su hija mayor, veía peligrar la seguridad laboral de su marido y se sentía presionada por el editor, la crítica y sus allegados, que esperaban impacientes la salida de su segundo libro después del gran éxito de *Nada*. En los cinco años que duró la correspondencia entre ambas autoras, su actividad fue frenética. Además de comprometerse a entregar dos colaboraciones semanales, una para la revista *Destino* y la otra para el periódico *Informaciones*, terminó con gran esfuerzo su segunda novela, *La isla y los demonios*, y tuvo otras dos hijas. Ello no le impidió tratar en persona ocasionalmente a Elena Fortún, la autora de quien se sentía amiga y confidente desde que a los siete años había leído los episodios de Celia en *Gente Menuda*, y, sobre todo, acompañarla con sus emotivas cartas hasta el final de su última enfermedad.

Cuando Elena Fortún recibe en Buenos Aires la primera carta de Laforet comenzaba a valorar la posibilidad de regresar a España en solitario. No se imaginaba que al volver a su patria tendría que enfrentarse a la noticia del suicidio de su esposo, que había permanecido en Argentina y, más tarde, al definitivo desencuentro con su hijo y nuera y a la enfermedad que acabaría con su vida, ingresada en un sanatorio y sostenida en su soledad por los libros y las cartas de las amigas.

El epistolario que nos ocupa se compone de cuarenta y seis cartas, catorce de Fortún y treinta y dos de Laforet que, compadecida del sufrimiento de su amiga enferma, le escribía sin esperar contestación unas cartas que, desafortunadamente, se encuentran sin datar. Aunque la correspondencia se extiende de 1947 a 1952, el epistolario no es homogéneo desde el punto de vista temporal. Diez de las catorce cartas las escribe Elena Fortún en el año 1951. Es precisamente en ese año cuando ocurren dos acontecimientos decisivos en las vidas de ambas protagonistas que alterarán tanto el tono de sus cartas como el tipo de libros que leen y se intercambian: el ingreso de Elena Fortún en un sanatorio (el 30 de marzo) al agravarse la enfermedad que venía padeciendo y el encuentro de Carmen Laforet con Lili Álvarez que tuvo lugar a primeros de junio.

Es casi un milagro que se conserve este epistolario (aunque no está totalmente completo) si se considera el carácter nómada de las dos escritoras y la falta de un hogar estable donde recalar en sus últimos años de vida. Esta circunstancia debe atribuirse al aprecio que ambas sentían por las cartas, el cual no solo queda patente en sus textos sino en su interés por conservarlas: Carmen Laforet se las lleva consigo entre las escasas pertenencias que recoge al dejar el hogar tras su ruptura matrimonial. Más tarde se las entregará a su amiga María Dolores Viudes que, a su vez, se las hará llegar en su día a Cristina Cerezales Laforet, hija de Carmen, que las recibe emocionada. Elena Fortún, guardó las recibidas en un sobre donde indicaba que, cuando muriera, debían ser entregadas a Carmen Laforet, a la que,

además, le dice en una de sus últimas cartas [40]:¹ “Pídele a Carolina [Regidor] tus cartas, que guardo todas en un sobre, para que las rompas tú y nadie más las lea”.² Carolina Regidor las recoge y tutela hasta entregárselas a la investigadora y biógrafa de Elena Fortún, Marisol Dorao. La azarosa aventura de la recuperación de las cartas custodiadas por Dorao la relata Cristina Cerezales (2017) en el prólogo a *De corazón y alma*.

La primera carta que escribe Elena Fortún desde Buenos Aires (01/02/1947) es contestación de la que Carmen Laforet le había enviado sin conocerla personalmente y que no se conserva. Gracias al artículo “Así era Elena Fortún” (1952), que Laforet publica tras la muerte de la madrileña en la revista femenina *Feria*,³ se puede aventurar cual sería el contenido de aquella carta:

Yo le expliqué que leyendo *Celia*, cuando era una chiquilla, había sentido que una persona mayor, esa que firmaba Elena Fortún me comprendía, y que, leyéndola de mayor, había entendido el arte de escribir con sencillez y de poner de pie a unos personajes solo con hacerlos hablar y moverse, todo esto contado de tal manera que un niño pudiera entenderlo. Le dije que, así como Flaubert leía el Código Civil para ponerse en forma mientras hacía su obra, yo, cuando escribía, de cuando en cuando, leía algunas páginas de *Celia* que me ponían en forma, además de distraerme y descansar, cuando ya tenía la cabeza muy cargada...

Las autoras se reúnen por primera vez en Madrid a la vuelta del exilio de Elena Fortún en 1948. Laforet relata así aquel encuentro:

Hace cuatro años aproximadamente, me acerqué yo, emocionada, a un chalet de Chamartín. Allí vivía, por aquellos días, la autora de *Celia*. Una persona que, durante años y años, sin saberlo ella, fue mi amiga y también mi maestra en el arte de escribir. Elena acababa de llegar de América, y yo le había pedido que me recibiese, porque hasta entonces jamás la había visto. Encontré una señora delgada, de cabello casi blanco, muy bonito,

¹ Entre corchetes figura el número con que se identifican las cartas en el epistolario *De corazón y alma* (Laforet y Fortún, 2017).

² Carolina Regidor, hija del ilustrador de los episodios de *Celia* en *Blanco y Negro*, Santiago Regidor Gómez (1866-1942) y amiga de Luis de Gorbea, hijo mayor de Elena Fortún, ocupó un destacado lugar entre las amistades de la autora a la vuelta del exilio argentino, en particular cuando enferma y vive sus últimos días.

³ Dirigida por Mercedes Fórmica, la revista *Feria* se creó con la intención de ser “una versión española de la francesa *Elle*” (Soler, 2011: 51) donde colaboraron, entre otros, Leopoldo Panero y Luis Rosales.

con unos ojos negros, brillantes, inteligentísimos y alegres. Aquellos ojos chispeantes, llenos de juventud, quitaron muchos años de la cara de Elena Fortún. De todas maneras, nunca hubiera creído su edad (estaba próxima a cumplir sesenta años),⁴ pues todo ella estaba llena de viveza: sus gestos, su sonrisa, su conversación.

Aquel día me enteré de muchas cosas, entre otras, de que Elena no se llamaba así, sino Encarnación Aragoneses, que estaba casada, que esperaba la llegada de su marido (cuyo repentino fallecimiento poco después impidió muchos de los proyectos que me contó la autora de Cuchifritín aquella tarde delante de una taza de té). [...]

Aquella tarde, en Chamartín, yo supe, como había imaginado, que Elena era mujer cultísima, lectora apasionada, viajera apasionada también. Yo sabía que era una excelente grafóloga, y conocía un libro suyo, una especie de ABC de la quiromancia, que se llama *El mapa del destino en la palma de la mano*.⁵ Todas las cosas curiosas, un poco incomprensibles, la atraían, y casi todo en el mundo era capaz de divertirla. (*Feria*, 1952: s. p.)

Por la frase que Fortún desliza en su segunda carta, tres meses después de su vuelta a Buenos Aires: “¡Me era tan familiar tu carita escandinava!”, cabe suponer que las reuniones entre las dos escritoras durante los meses que permaneció Elena Fortún en Madrid fueron relativamente frecuentes.

Año y medio más tarde (diciembre de 1950) se reencuentran en Barcelona, a donde había viajado Laforet para promocionar su libro a través de varios eventos a los que asiste Elena Fortún. De los detalles de estos encuentros se da cuenta en la introducción del epistolario y por eso no se contemplan aquí (Capdevila-Argüelles, 2017: 21-22).

Desde la primera carta, ambas autoras intercambian opiniones sobre los libros que tienen entre manos y los que les parecen recomendables. Además, el interés de Carmen Laforet y de otras amigas de Elena Fortún por que la madrileña tenga libros o revistas a su alcance es continua. Este motivo, los libros y las lecturas, es el que ha dado pie a las consideraciones que expondré a continuación.

⁴ Elena Fortún llega a Madrid en mayo de 1948 y su cumpleaños es el 17 de noviembre. Entre esas dos fechas se produjo el primer encuentro.

⁵ *El mapa del destino en la palma de la mano* (Madrid, Aguilar, 1936) recoge los episodios sobre quiromancia previamente publicados por Elena Fortún en la revista *Crónica* (desde octubre de 1935 hasta abril de 1936). No hay que olvidar que Carmen Laforet era experta en el manejo de las cartas del tarot (Caballé y Rolón, 2010: 329).

Los artículos de *Destino* y los libros de Celia

Los instantes de estrecha comunicación de Elena Fortún con su amiga no se reducen al momento de leer las cartas tras su recepción. Además de confesarle en varias ocasiones que las lee y las relee, le comenta que se siente interpelada numerosas veces a través de la lectura de los artículos que Carmen publica en la revista *Destino*.

La segunda época de la revista *Destino* comenzó en Barcelona en 1939; la editaban Josep Vergés e Ignacio Agustí (a los que más tarde se les uniría Josep Pla) y estaba ligada a la editorial de su mismo nombre y a los premios Nadal. Poco tiempo después de que Laforet ganara este premio, Vergés comenzó a presionarla para que colaborara en la revista que, por un lado, adolecía de firmas femeninas y, por otro, se vería beneficiada al acoger escritores que publicaban en su editorial. Laforet, después del nacimiento de su segunda hija y apremiada por la situación económica de la familia, acepta la oferta y comienza a publicar en noviembre de 1948, en una sección con el título “Puntos de vista de una mujer”. Aunque al principio mantuvo la regularidad semanal exigida, desde finales de 1951 dejó de enviar su colaboración bastantes semanas (Cabello y Ripoll, 2021: 25), lo que la propia Laforet reconoce en una de las cartas a su amiga Elena Fortún [29]: “Estoy tan perezosa que los últimos *Destino* casi nunca tenían artículos míos”. La escritura, la lectura y diversos asuntos cotidianos son algunos de los temas principales de estas columnas escritas con espontaneidad y sencillez y donde la autora es capaz de convertir pequeñas anécdotas, de las que parte la mayoría de las veces, en reflexiones de mayor calado.

Elena Fortún, que había llegado a Barcelona a finales de mayo de 1950 con el propósito de establecerse definitivamente en esa ciudad, compraba la revista y a ella se refiere en distintos momentos de esta correspondencia [9]: “Me hablas muy de continuo desde *Destino*. Lástima que yo no sea más joven o tú más vieja. Hacer el mismo camino al mismo tiempo habría sido una buena cosa... Tus hijos y los míos hubieran sido amigos... o habríamos salido juntas a tomar el sol en el invierno...”. Sin duda se refiere a los artículos donde Carmen reproduce situaciones, casi todas gozosas, vividas con otras mujeres. Carmen le contesta sobre la diferencia de edad [10]: “¡Ya lo creo que me hubiera gustado ir a la par contigo por la vida!... pero el caso es que de manera muy extraña hemos ido [...]”.

Laforet, tan exigente consigo misma como acostumbra, es reacia a aceptar la valoración positiva que de sus columnas hace Fortún y trata de quitarles importancia [10]: “¿Te gustan mis cosas de *Destino*? Algunas las hago sin ganas y sin tema; de prisa y corriendo, todas. Pero es verdad que la mayoría de las veces pienso en mis amigas al hacerlas”.

El 26 de mayo de 1951, Carmen publica en *Destino* “Bajo la tormenta” (Laforet, 2021: 312-315), una pieza a todas luces improvisada, a la vuelta de un paseo bajo un cielo borrascoso donde, al guarecerse de la lluvia en un portal, se topa con un mendigo anciano y bienhumorado, un hombre encantador que calma su aprensión por las descargas eléctricas y le contagia por breves momentos la alegría de vivir. Es muy posible que la carta donde Elena Fortún manifieste lo mucho que le agradó su lectura se haya perdido, porque Carmen Laforet se refiere a sus comentarios [16]: “Lo del viejo de la tormenta es verdad. [...] No sé cómo te gustan mis artículos, que escribo sin ganas y a la fuerza y en el último minuto porque me hace falta el dinero”.

Cuando ingresan a Elena Fortún en el Sanatorio Puig d’Olena de Centelles, la madrileña pierde este hilo de comunicación: “Ahora no te leo nunca, porque aquí no hay *Destino*”. Carmen se ofrece a enviarle las revistas desde Madrid, porque no suele guardarlas [31]: “He recogido de mi desorden unas cuantas revistas y te las envío. A ver si te distraen algo”. Fortún se lo agradece —“aunque llegue retrasado, le podré ver”— y acusa recibo de sus envíos: “el paquete de *Destino* llegó enseguida y me dio lectura para tres días”. En diciembre de 1951 ya claudica: “No me mandes revistas ni nada. [...] No me falta para estar distraída, a veces con exceso”.

En una de sus últimas cartas, Laforet le cuenta que ha escrito un texto sobre Carmen Conde,⁶ amiga de ambas y, como acostumbra, no deja de expresar su feroz autocrítica [36]: “Creo que no vale nada. Cada vez me gusta menos hacer artículos. Solo los hago por lo económico”. Con el título “Poesía de agosto” (Laforet, 2021: 385-387), Laforet expone sus reflexiones sobre el poemario de Carmen Conde *Iluminada tierra*, “un libro hermoso, denso”. Elena Fortún también había recibido ese poemario con una cariñosa dedicatoria de su autora, a la que agradece en una carta: “Queridísima Carmen: recibí tu libro y lo voy leyendo poquito a poquito, imaginándome tu voz en cada palabra... ¿Verdad que cuando yo esté en Madrid [...] me leerás así las poesías que te diga?”.⁷

Las referencias a Carmen Conde a lo largo del epistolario son continuas. Ya en la segunda carta, Elena Fortún le ruega a Laforet que las ponga en contacto, pues no sabe su dirección. Después de la grave crisis de salud sufrida en junio de 1951, Elena Fortún le pide a su interlocutora [14]: “Como no sé si podré escribir otra carta, dile a Carmen Conde que te he escrito y que le mando un abrazo”.

⁶ Ambas escritoras se conocieron primero epistolariamente en 1947 (Caballé y Rolón, 2010: 181, 215).

⁷ Fragmento de carta de Elena Fortún escrita a Carmen Conde en Barcelona (29/01/1952). Además de este poemario, Elena Fortún conservaba, también dedicados, los libros de Carmen Conde *Sea la luz* (Madrid, 1947) y *El Escorial* (1948).

Carmen Laforet, realmente preocupada por la salud de Elena Fortún, le escribe a Conde explicándole la situación de su común amiga:

16 de julio [1951]⁸

Querida Carmen mía. Ayer encontré en mis cajones unas líneas que te destiné cuando recibí tu canto a Amanda, y que creí que tenías en tu poder hace un montón de tiempo. ¡Qué habrás pensado de mí!

Recibí tu postal de París. Recibí también una carta de Elena Fortún que se está muriendo, ahora en otro sanatorio y me pidió por si no te podía escribir ya, que te despidiera de ella... Yo si encontrara la carta te la mandaría con esta, pero la dirección si la tengo a mano:

Sanatorio Puig de Olena
Centelles
Prov. De Barcelona

Me voy unos días, muy pocos, fuera de Madrid con Manolo. A la vuelta, si tú estás nos vemos.

¡Mil felicidades en nuestro día!
Un cariñoso abrazo de
Carmen Laforet

A su vez, en las navidades de 1950, Elena le manda los últimos cuatro libros que ha escrito [7] “para que los guardes para tus niñas”.⁹ A vuelta de correo, Carmen le contesta: “¡Qué alegría la llegada de los libros! Me he reído hasta saltármeme las lágrimas con algunas aventuras de Mila. En cuanto esté mejor les leeré a las niñas algunas cosas, porque a Marta le interesa todo ya”. En la posdata de esta misma carta Carmen se refiere expresamente al libro de cuentos: “Es maravilloso tu ingenio. En el libro de cuentos hay alguno que son una delicia ¡Gracias!”. Traigo aquí el testimonio de Cristina Laforet, la segunda de sus hijas, que confirma estas afirmaciones: “Mi madre trasladó a sus hijos el entusiasmo por los libros de Celia. Nos los leía cuando éramos muy pequeños, y más tarde los leíamos nosotros [...]. Cuando mi madre nos leía los cuentos de Celia se volvía feliz, y sus carcajadas animaban cada vez los relatos” (Cerezales, 2016: 8-9).

⁸ Esta carta (inérita) se conserva en el archivo del Patronato Carmen Conde y Antonio Oliver (Cartagena), a cuyos responsables agradezco su amabilidad. Sobre la correspondencia entre Elena Fortún y Carmen Conde, véase Fraga (2015).

⁹ *La hermana de Celia: Mila y Piolín* (1949), *Mila, Piolín y el burro* (1950), *Celia se casa* (1950), *Los cuentos que Celia cuenta a las niñas* (1950).

Intercambio de novelas

Elena Fortún deduce, tras recibir la primera carta, que Carmen está escribiendo y le pregunta por lo que prepara, al tiempo que le confiesa: “Creo que nosotras, las mujeres, escribimos mejor lo que es autobiográfico. ¿Ha leído *Marion* de Vicki Baum? [...] me dicen que hay parte de su vida en esa obra. Si puede, no deje de leerla. Aunque tal vez no pueda...”.

La madrileña, aunque por entonces no conocía a Carmen Laforet, da por sentado el carácter autobiográfico de su primera novela, que su autora negaba: “[*Nada*] no es mi autobiografía como han querido ver algunos críticos” (Laforet, 1956: 9) y, como de pasada, reconoce ese mismo rasgo en las suyas. No es posible aventurar por qué pone en duda si Carmen podrá leer *Marion*. Quizás se refiera al poco tiempo libre que le dejan sus obligaciones, o a que supone (certeramente) que esa novela no se había editado en España.¹⁰

En la abundante producción novelística de Vicki Baum, que durante muchos años se ha incluido en el subgénero de literatura *bestseller*,¹¹ algunas obras, sin embargo, tienen auténtico valor literario como, por ejemplo, *Gran Hotel*, *El bosque que llora* y *Marion*; en esta última, escrita en 1941, si bien la historia no deja de ser ficción, su autora emplea numerosos elementos autobiográficos, y consigue un libro de apasionante lectura, protagonizado por un atractivo personaje femenino. No es de extrañar que las aventuras de una mujer fuerte, libre e imaginativa ubicada en el epicentro de un entorno convulso fuese del gusto de Elena Fortún.

Tras conocer por Carmen Conde que la enfermedad de Elena se había agravado hasta el punto de ser ingresada en una clínica, Carmen Laforet le comunica a su amiga [12]: “Hace poco leí un libro de Sándor Márai, editado por Destino, que se llama *Música en Florencia*.¹² Es una novela que trata toda una enfermedad muy grave y dice algunas cosas muy bonitas. Quizá, si puedes leer, te gustaría leerla”. Laforet está, sin duda, conmovida por el desenlace de la historia del protagonista, un músico enfermo que una noche, presa del delirio causado por

¹⁰ La novela *Marion* de Vicki Baum, cuyo título original en inglés es *Marion Alive*, fue editada en dos tomos en Buenos Aires (Sudamericana, 1943).

¹¹ King (1985) explica cómo la elección de la editorial Ullstein por parte de Baum para la publicación de sus libros, preferentemente orientada a dar salida a productos de entretenimiento, perjudicó notablemente la valoración literaria de su obra. A finales de siglo pasado renació el interés en Europa por la autora y su obra, tanto por su carácter de exiliada, su testimonio de judía en Austria en el período de entreguerras y su decisión de no escribir en otro idioma que el suyo propio.

¹² *Música en Florencia* (Barcelona, Destino, 1951) de Sándor Márai fue publicada en 2007 por Salamandra con el título *La hermana* (traducción literal de su título original en húngaro *A nővér*) (Mengual Catalá, 2016).

la morfina, escucha una voz femenina que le susurra: “no quiero que mueras”. Estas palabras, que el enfermo ignora de quien provienen, actúan como un revulsivo que lo llevará a replantearse aspectos fundamentales de su vida. Pocas líneas más abajo, Carmen, preocupada por la salud de su amiga, verbaliza a su manera el mismo deseo que la mujer:

Me gustaría que de cuando en cuando pensaras: “conozco a una mujer, más joven que yo [...] que le hace mucha falta hablar conmigo de cuando en cuando. Le hace una falta enorme; hay muchas cosas que me quiere preguntar, otras que quiere explicarme, y solo a mí”. Esa persona, ya lo sabes soy yo.

Al no obtener respuesta, Laforet insiste: “¿Has leído una novela que se llama *Música en Florencia*?” [26]. Elena le contesta a vuelta de correo que había comprado y leído el libro cuando se lo recomendó por primera vez. Más tarde, Carmen vuelve a apoyarse en este libro para expresar su deseo de ayudarla; a través de su lectura había comprendido que no son las uniones pasionales (“físicas, desesperadas”) las más eficaces [30]:

Las relaciones humanas son un misterio. Los caminos de Dios son un misterio, poniéndonos a nuestro paso seres que pronto despiertan lo peor o lo mejor de nosotros o simplemente nos tienden una mano en un momento en que lo necesitamos. En nuestro caso determinado, yo, querida Elena mía, no sé si te sirvo de algo más que de un poco de distracción en tu sillón de enferma; pero tú a mí, no sabes cuánto me has hecho pensar y cuánto me has beneficiado. ¿Cómo no voy a quererle?

Por otra parte, este libro les da pie para hablar de Fernanda Monasterio,¹³ que había acudido al sanatorio para reconocerla y llevar noticias acerca de su salud a las amigas de Madrid. La enferma, que le regala *Música en Florencia* a Fernanda para que la acompañe en su viaje de vuelta, escribe a Laforet: “es una chica de tu edad muy inteligente y muy buena, que me gustaría fuera amiga tuya”. Ya en Madrid, ambas jóvenes se encuentran y congenian hasta el punto de que Laforet le comenta en una de las cartas: “Fernanda es una de las pocas personas con las que se puede hablar de todo”.

¹³ Fernanda Monasterio (1920-2006), sobrina de la amiga de Elena Fortún, Adelina Gurrea, estudió medicina y psiquiatría y trabajó en el Departamento de Psicología Experimental del CSIC hasta que en 1952 marchó a Argentina, de donde no regresó hasta 1967. A su vuelta siguió relacionándose con Carmen Laforet (Caballé y Rolón, 2010: 326-327).

Preocupada por el estado depresivo de Elena Fortún, Fernanda transmite a sus amigas la conveniencia de enviarle libros para que se anime y entretenga. Laforet, que había publicado en *Destino* una muy laudatoria reseña, “Sobre el libro de una mujer” (2021: 50-53), acerca de una de las novelas de Milli Dandolo, *Ha caído una mujer* (Barcelona, Fama, 1943), le pregunta entonces si conoce los libros de esta autora italiana que era, a su juicio, “uno de los mejores novelistas de nuestra época. Digo uno de los mejores novelistas, porque en este plural abarco a los hombres lo mismo que a las mujeres”. Laforet había leído tres o cuatro años antes “una novela espléndida: *El Ángel ha hablado*”, del que destaca no solo “su sobria fuerza expresiva, conmoviéndome hasta el fondo de lo que en mí hay solo de mujer”, sino también su “magnífica arquitectura”. En un artículo posterior, “El mapa íntimo” (Laforet, 2021: 278-281), reivindica nuevamente esta novela a la que califica como “maravillosa pieza de la literatura moderna” y la pone al nivel de las obras de otras mujeres como Lagerlöf, Wolf y Kennedy.

Es interesante traer aquí algunas de las opiniones de la extensa “Nota del traductor” de *El Ángel ha hablado*, Claudio Colomer (1921-2015), un periodista y político catalán. Según él, entre los propósitos de la autora está el escribir como se habla, “o acaso como se piensa”, pero también el deseo de “pasar desapercibida, de quitar importancia a los hechos a pesar de que objetivamente puedan tenerla”. Su relato adquiere una “vitalidad palpitante y cuando es necesario un patetismo doloroso”. A juzgar por su criterio, *El Ángel ha hablado* es “la novela más significativa y mejor realizada de las quince o dieciséis que Milli Dandolo lleva ya escritas” (1943: 7-8).

Es preciso resaltar y dejar marcados, para los estudiosos de la obra de Laforet, los muchos puntos de encuentro de esta novela y *Nada*. Las relaciones personales en la casa Aribau a la que llega Andrea y las de la familia de Orsino a donde llega Emma, la protagonista de *El Ángel ha hablado*, son completamente disfuncionales en ambos casos. Igualmente, el caos y la rudeza reinan en el ambiente originados por la contenida violencia verbal y física entre los habitantes de las dos viviendas. Precisamente, lo más sobresaliente en parecido son las descripciones de la casa y sus distintas habitaciones, que denotan sordidez, abandono...

Elena Fortún aun tendrá ocasión de mencionar otra novela, *La viuda*, que lee ya en penosas condiciones: “[la] leí en los primeros días del mes con un dolor lacerante en medio del pecho y quejándome constantemente, encontrando algún alivio en la queja”.¹⁴ Le parece una gran novela moderna, pero con unas teorías odiosas [37]: “Hay que purificar esa filosofía existencialista que se está metiendo en la novela de ahora. Tú, mi Carmen querida, puedes hacerlo”.

¹⁴ *La viuda* de Susan Yorke (Buenos Aires, Sudamericana, 1951). La cita en Fortún (2020: 263-264).

A primeros de junio de 1951, Carmen Laforet conoce a Lili Álvarez en una reunión celebrada en Madrid, en la casa del poeta canario Claudio de la Torre. Un mes después, en su crónica semanal de *Destino*, “Una opinión de mujer sobre la femineidad” (Laforet, 2021: 331-334), se refiere a este encuentro, en particular a la impresión que le causó la belleza y el encanto personal de Lili, cuyo pensamiento acerca de la mujer española resume así: “Ella cree firmemente desde su intuición y su experiencia observadora que la femineidad es sacrificio y sacrificio gustoso, que solo tiene sentido verdadero apoyado en una ardiente fe católica”.

Un encuentro posterior no hará sino acrecentar su fascinación por la deportista, como le confía a Elena Fortún [20]: “He conocido a [...] alguien que ha sufrido y que vive plenamente aún, y que ha podido encontrar la alegría y la paz en el sentimiento de amor de Dios”. Poco después le comenta que la deportista le ha pedido que le envíe su libro y que le diga que irá a verla. Elena Fortún no parece muy interesada en ese encuentro, que descarta casi por completo: “Sí, sé quién es Lili Álvarez. La he admirado mucho. Me gustaría conocerla, pero creo que me va a llevar Dios antes”. Carmen insiste [30]: “Te voy a mandar el libro de Lili [...]. Ella quiere dedicártelo”. La última referencia al libro de Lili pertenece a la última carta que escribe Elena Fortún y tampoco parece que el libro le atraiga demasiado: “Recibí el libro de Lili Álvarez, que te agradezco mucho y voy leyendo a ratos”. En efecto, entre los objetos de Fortún que conserva la familia Laforet se encuentra el libro *Plenitud* (Madrid, Epesa, 1946) con la siguiente dedicatoria: “A la madre de Celia y amiga de Carmen. Con toda simpatía y admiración, Lili Álvarez, Navidad, 51, Madrid”.

A partir de la irrupción de Lili Álvarez en la vida de Carmen —y del empeoramiento de la salud de Elena— se introducen en la correspondencia nuevos temas: Dios, la fe, la espiritualidad, los libros religiosos, los rezos... La amistad de las interlocutoras, en un principio de base literaria, al tiempo que crece, se va transformando en una amistad espiritual.

Los libros religiosos

En la misma carta donde Carmen Laforet le da cuenta a Elena del impacto que le causa su encuentro con Lili, le comunica [20]: “Tanto me ha impresionado que me he dedicado estos días a leer libros religiosos. Por casualidad, encontré uno muy hermoso en mi biblioteca [...]. Es *La destinación del hombre* de Berdiaev”.¹⁵

¹⁵ El filósofo existencialista cristiano Nicolái Berdiaev (1874-1948), marxista en su juventud, se exilia en París, donde escribe *La destinación del hombre* en 1931, mientras participa en un círculo de intelectuales con los que dialoga y trabaja: Jacques Maritain, André Gide y Karl Barth. Funda y colabora en la revista *Esprit*. Según Varela Olea (2018), tras la lectura de Berdiaev, Laforet

Del libro, escrito en un tono muy personal, Laforet destaca los dos capítulos que más le han interesado, “La moral evangélica y la moral farisaica de la ley” y “La actitud cristiana frente a los pecadores y los malos”. En estos capítulos se contraponen la ley moral a la ética evangélica o ética de la redención. La propuesta del autor, que sustenta la actitud auténticamente cristiana frente a la vida tanto en la severidad hacia uno mismo como en la indulgencia hacia los demás, tenía que ser del gusto de Carmen Laforet y de su extremada exigencia al juzgarse tal como se apreciaba en esta correspondencia. El libro, que la propia Carmen se encarga de llevar al día siguiente a Correos, tarda en llegarle a la amiga. Preocupada al no tener noticias, se compra otro ejemplar, porque el que le había enviado pertenecía a su esposo.¹⁶ El 20 de noviembre Elena le confirma “No te he dicho bastante lo que me gustó el libro de Berdaiev. Lo mejor es lo que tú señalaste”.

A pesar de la base evangélica que contiene este libro y después de muchas otras lecturas religiosas, Carmen se inclina por la lectura directa del mensaje de Cristo [23]:

He leído muchos libros místicos estos días y no me convencen nada. Solo me convence el Evangelio y la palabra de Jesús. Ahí hay una hermosura sublime. Todo lo demás me parece falso y hasta desviado.

Elena celebra su opinión [27]:

En una de tus cartas me dices: “Solo en el Evangelio hay una hermosura sublime. Todo lo demás me parece falso y hasta *desviado*”. Es exacto. *Desviado*. Es la palabra justa. Lo ha desviado la humanidad para ponerlo en su camino, lo ha achicado para poderlo entender. Tal vez tampoco nosotros lo entendemos completamente.

Pero a Elena Fortún no le preocupa entender por completo el mensaje evangélico. Su fe en Dios, la creencia de que un Ser Supremo la oye cuando se dirige a Él es más poderosa que la razón. Influida por las lecturas de Hesse, considera irrelevante, incluso pueril, preocuparse por si Dios oirá nuestras oraciones, incluso por si existe ese Dios que imaginamos. Para explicarse, le resume a su amiga una anécdota relatada en el libro de Hermann Hesse, *Narciso y Goldmundo* (Buenos Aires, Sudamericana, 1950): cuando uno reza no tiene que

pretende en su novela *La mujer nueva* superar el existencialismo ateo con el cristiano, alentada también por las palabras de Fortún [37].

¹⁶ “Cerezales era un hombre religioso [...]. Su catolicismo era muy francés porque se había formado leyendo a Teilhard de Chardin y Jacques Maritain” (Enrique Miret Magdalena citado en Caballé y Rolón, 2010: 244-245).

pensar si la oración tendrá alguna utilidad, lo importante es que, sencillamente, rece. Elena Fortún fue una gran lectora y admiradora de Hesse, cuyo pensamiento antidogmático frente a las instituciones católicas impidió la publicación de su obra en España en el periodo álgido del franquismo; lo poco que se conocía de él se había difundido antes de la Guerra Civil (Gimber, 2013: 185; en Cáceres Würsig, 2018). No sucedía así en Argentina, donde Elena tuvo ocasión de leer, además de *Narciso y Goldmundo*, al menos *El juego de abalorios*, *Pequeño mundo* y *La infancia de un mago*.

Por estas mismas fechas, Elena Fortún le confiesa que también lee muchos libros de religión que le prestan las monjas de sanatorio [22]:

Algunos son insoportables, melíferos, llenos de superlativos que a mí me producen un efecto nauseabundo, pero hay otros verdaderamente interesantes. San Agustín, san Francisco de Sales, con su *Introducción a la vida devota*, santa Teresa a la que yo adoro porque sabía más de psicoanálisis que Freud.

Finalmente, le aconseja a Carmen: “Lee si puedes a santa Teresa. Primero su vida, luego las fundaciones al mismo tiempo que las cartas por orden cronológico”.

Y aún, en su penúltima carta, Elena Fortún le recomienda a su amiga un libro del científico E. T. Whittaker (1873-1956), *El principio y el fin del mundo* (Buenos Aires, Emecé, 1946): “no he leído nada tan maravilloso”. Este científico, convertido al catolicismo y que en su retiro se dedicó a la escritura de libros teístas, se basaba para argumentar la existencia de Dios en la falta de fundamentos para suponer que hubiera materia y energía antes de la formación del universo y que de repente se galvanizaran en acción. Es más simple postular la creación *ex nihilo*, la Divinidad constituiría la naturaleza a partir de la nada.

Es notable la tenaz búsqueda de conocimiento filosófico formativo de Elena Fortún que se trasluce en estas cartas. Al poco tiempo de llegar a Barcelona le comunica a su amiga que se ha matriculado en un curso de filosofía en la Balmesiana porque se sentía [9] “un poco descentrada y creí que necesitaba un baño de transcendentalismo”.¹⁷ No obstante, las clases le decepcionan, principalmente por la parcialidad de los profesores, incapaces de desarrollar a fondo teorías que se enfrentan con el dogmatismo católico. El interés de Elena Fortún por la espiritualidad fue muy temprano; su paso por diferentes etapas ante

¹⁷ El Instituto Filosófico Balmesiano se fundó en Barcelona en enero de 1949 como una sección de la Fundación Balmesiana con el fin de fomentar el desarrollo de la filosofía cristiana. En el año académico 1950-1951 se celebró el curso “Fundamentos de Filosofía Cristiana” (Forment, 1989) impartido por padres jesuitas, donde se trataron materias relacionadas con el origen del hombre, las teorías evolucionistas y creacionistas, el mundo cósmico y el existencialismo.

lo divino se refleja en su escritura pública y privada. En los años de su exilio bonaerense, la estrecha amistad que mantiene con Inés Field, doctora en Filosofía, y la conciencia de que el catolicismo puede vivirse de un modo filosófico, alejado del convencionalismo hipócrita y dogmático que perduraba en el español, influyen en su reconversión al catolicismo y sin duda en la complejidad de sus lecturas. En sus últimos años, su deseo de entender y de acercarse a una divinidad, a veces esquiva, contrastan con el acercamiento a la religión de Carmen Laforet que, en en palabras de Elena Fortún [22], “tu fe sencilla y sin razonamiento es la verdadera”.

Lo que ellas escriben

No sería justo terminar este recorrido sin antes considerar lo que las propias autoras escriben mientras mantienen esta correspondencia. Ya se ha comentado que Carmen mantenía dos columnas periodísticas gracias, sobre todo, a su capacidad de improvisación. No obstante, lo esencial de su quehacer literario era dar fin a la segunda de sus novelas, *La isla y los demonios*, por la que pronto había dejado de sentir interés. Las sucesivas noticias sobre la progresión del trabajo y la extrema autoexigencia que se reflejan en sus cartas dan cuenta de la agotadora lucha que mantuvo consigo misma para lograr terminarla: “mi novela va a trancas y barrancas”, “va despacio y no es buena”, “el ratón raquíctico de mi novela”, “a veces me gusta y a veces no”, “Dentro de unos días habré acabado este maldito trabajo”, “me parece malísima ¡qué pena!”. Finalmente la termina y puede entregarla al editor a mediados de septiembre: “Ahora ya no me parece tan malo el libro. [...] He terminado una pesadilla”.

Pero, una vez entregado el manuscrito al editor e inmersa en su nuevo estado espiritual, siente que su ímpetu autorial se renueva en el deseo de revelar su experiencia religiosa [41]:

Pienso hacer una novela nueva con más cosas de las que he dicho nunca. [...] Ahora la literatura mía me parece un medio, un instrumento al servicio de Dios..., si Él quiere. Si fracaso en eso será que es otra cosa lo que espera de mí.

Por su parte, Elena Fortún escribe siete libros en los cinco años que dura la correspondencia, aunque ella misma es la primera en reconocer la diferencia de envergadura entre las tareas de ambas:

Pero ya pienso que hacer un libro como tú los haces no es cuestión de un ratito. En cambio, yo trabajo como esos que soplan el vidrio..., y posiblemente no es otra cosa sino soplar en algo muy sutil, como esas flores del cardo que se levantan en cuanto la brisa las sacude, y no hay, sino que poner un poquito de atención... y la idea sale redonda.

La modestia de Elena Fortún no es una pose. El asombro que manifiesta al leer de la propia mano de Carmen Laforet [1] que la consideraba su maestra en el oficio de escribir es auténtico, y no tiene reparos en reconocerlo cada vez que tiene ocasión. Sea por inseguridad o por modestia, no fueron ellas, sino los críticos y, sobre todo, los lectores los que supieron detectar la grandeza de ambas escritoras.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Caballé, Ana e Israel Rolón Barada (2010), *Carmen Laforet. Una mujer en fuga*, Barcelona, RBA.
- Cabello, Ana y Blanca Ripoll (eds.) (2021), “Introducción”, Carmen Laforet, *Puntos de vista de una mujer*, Barcelona, Destino: 15-33.
- Cáceres Würsig, Ingrid (2018), “Germanofilia y nacionalcatolicismo: contradicciones en la recepción franquista de Stefan Zweig (1939-1947)”, *Revista de filología alemana*, 26: 121-138.
- Capdevila-Argüelles, Nuria (2017), “Queridas lejanas”, Carmen Laforet y Elena Fortún, *De corazón y alma (1947-1952)*, Madrid, Fundación Banco de Santander.
- Cerezales, Cristina (2016), “Prólogo”, Elena Fortún, *Los cuentos que Celia cuenta a las niñas*, Sevilla, Renacimiento.
- (2017), “Como llegaron hasta mí las cartas de esta correspondencia”, Carmen Laforet y Elena Fortún, *De corazón y alma (1947-1952)*, Madrid, Fundación Banco de Santander.
- Colomer, Claudio (1943), “Nota del traductor”, Milli Dandolo, *El Ángel ha hablado*, Barcelona, Luis Miracle: 5-8.
- Forment, Eudaldo (1989), “Cuarenta años del Instituto Filosófico de Balmesiana”, *Espiritu*, 38: 115-130.
- Fortún, Elena (2020), *Mujer doliente. Cartas a Inés Field*, Nuria Capdevila-Argüelles (ed.), Sevilla, Renacimiento.
- Fraga, María Jesús (2015), “Elena Fortún y Carmen Conde: memoria de una amistad en ocho cartas”, *Clarín*, 119: 79-88.
- King, Lynda J. (1985), “The Image of Fame: Vicki Baum in Weimer Germany”, *The German Quarterly*, 58 (3): 375-392.
- Laforet, Carmen (1956), *Mis páginas mejores*, Madrid, Gredos.
- (2021), *Puntos de vista de una mujer*, Ana Cabello y Blanca Ripoll (eds.), Barcelona, Destino.

Laforet, Carmen y Elena Fortún (2017), *De corazón y alma. Carmen Laforet & Elena Fortún (1947-1952)*, Madrid, Fundación Banco de Santander, Cuadernos de Obra Fundamental.

Mengual Catalá, Josep (2016), “[entrada de blog sin título]”, *Negritas y cursivas*, 01/04/2016. <<https://negritasycursivas.wordpress.com/>>

Soler Gallo, Miguel (2011), “Hurgando en el ‘Desván de los malditos’: unas notas sobre Mercedes Formica”, *Perífrasis*, 2 (3): 40-55.

Varela Olea, María Ángeles (2021), “El existencialismo personalista de Carmen Laforet: *La mujer nueva* surgida de la trilogía iniciada en *Nada*”, *Revista de literatura*, 83 (165): 193-218.

